

VANESSA NIETO



MONSERRAT

MONSERRAT

Vanessa Nieto

Copyright © 2020 Vanessa Nieto

Todos los derechos reservados.

ASIN: B0872HWKSV

Autora. IG: @vaneperegrina

Ilustración de la portada: Juan Pablo IG: @kosmonauta

Los nombres, personajes y sucesos que aparecen en la historia son producto de la imaginación del autor y no sostienen ningún parecido con ninguna persona actual viva o muerta. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Advertencia: todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o cualquier otro medio, sin la previa autorización del autor, Vanessa Nieto.

Quiero dedicar este libro a la persona que creyó en mis sueños y me dio las fuerzas para
hacerlos realidad. Gracias Jesucristo.
Y a ti, Pepito.

CAPÍTULO 1

Algunos años atrás, cuando las personas religiosas aún llamaban a sus hijos por el nombre de algún personaje de la Biblia, santo o virgen, se encontraba Monserrat, una chica que no entendía cómo su devota madre le había castigado desde el día de su nacimiento bautizándole así.

Ella no tenía nada de virgen, su piel no era morena y tampoco sus abuelos eran de la bella Cataluña, de donde procedía su nombre. En checo no existía ningún sonido parecido, por lo cual pocas personas lograban llamarle correctamente.

Llegó un día en a notar su nombre, gracias a una postal que recibió de una importante capital de Suramérica. Allí existía una montaña llamada Monserrat, con una gran iglesia blanca en su cima, donde se podía contemplar toda la ciudad.

Había sido un amigo de su infancia, cuyos padres se mudaron allí, quien le envió la tarjeta. Él quería recordarle su belleza, no solo la de su nombre, no solo la de su apariencia, sino también la de su corazón.

Todos los días leía la postal que su amigo le había enviado varios meses atrás. Su mirada se perdía en la foto. Pasaba horas intentando imaginar lo que en aquella iglesia en la cima de la montaña se encontraba.

Desde muy pequeña había escuchado que los conquistadores construían sus iglesias en los lugares donde los indígenas solían adorar a sus dioses. Estos lugares eran mágicos, perfectos escondites de tesoros. La iglesia de aquella foto que jamás se había imaginado que existiera, y menos con su nombre, le producía mucha curiosidad.

Monserrat no creía en nada, ni tampoco pretendía que alguien creyera en ella. Desde la muerte de su madre solo se dedicaba a desperdiciar el tiempo. Con mucha dificultad logró terminar la secundaria y no porque no fuera la estudiante más brillante, sino porque en todas las clases no hacía más que concentrarse en observar la ventana del salón, como si su madre estuviera a punto de asomarse, tal como lo hacía de costumbre para saludarle.

Después de terminar sus estudios lo único que le quedaba por hacer era pasear por la ciudad y trabajar algunas horas del día en un pequeño café. Vivía en el castillo más grande del mundo: el Convento Central de la República Checoslovaca. Las monjas habían intentado expulsarla en varias ocasiones; su comportamiento no era de buen testimonio para las recién iniciadas y despertaba la envidia de las hermanas mayores, quienes deseaban tener juventud y suerte para disfrutar la vida que habían visto pasar frente a sus ojos.

La única plegaria que se le escuchaba rezar era la que cada noche, sentada sobre su cama y junto a una pequeña lámpara, hacía al leer la postal: “Olvida tu historia personal. Sueña y llega tan alto como quieras. Cree”. Antes de la firma también se podía leer: “Esta foto es del lugar donde las estrellas del cielo se mezclan con las flores del campo”.

Monserrat se quedaba dormida pensando en la forma de borrar su pasado, buscando olvidar su soledad, el día en el que murió su madre, las duras penitencias en el convento, los maltratos que sufrió hasta que tuvo edad para defenderse, y el único lugar en el que le gustaba estar: la escuela. Cómo olvidar que allí había aprendido todo lo que creía saber; en su escuela veía, aunque fuera solo en libros, lugares lejanos, con personas distintas y de costumbres extrañas. La clase de

sociales era su favorita, le permitía volar, ver otros mundos y estar más cerca de él: él chico más tímido de la escuela, tenía ojos grandes que sobresalían en un rostro pálido con algunas pecas sobre las mejillas.

Él era su mejor amigo y lo conocía desde el primer día de escuela. Era el único niño que esperaba en el patio a que su padre llegara a recogerle. Monserrat se acercó y le preguntó:

—Ya no hay más niños en la escuela, ¿qué haces aquí?

—Sí hay más, ¿no ves que también estás tú?

—Pues yo espero a mi madre, ella es maestra aquí. —Se sentó a su lado—, si quieres te puedo enseñar la escuela mientras llegan por ti.

Desde entonces se hicieron los mejores amigos. Juntos descubrían no solo los pasadizos más ocultos de la escuela, sino también los de sus corazones.

Con el tiempo otros chicos del colegio los empezaron a molestar. Ellos siempre permanecían juntos en el tiempo de descanso y él la acompañaba a casa sin importarles que los demás dijeran que eran novios.

Él fue el único que se quedó a su lado, aunque fuese en silencio y por varios días, mientras ella intentaba procesar la muerte de su madre. Además, fue quien le ayudó a cargar, hasta el convento de su tía, la única herencia que le dejó su madre: viejos y pesados libros que usaba en la escuela.

Con el corazón saltando por encima de su pecho, después de haber corrido un par de kilómetros para llegar al convento, sin aire en sus pulmones y con lágrimas secas sobre sus mejillas, él le entregó un pequeño libro con tapas endebles de cuero café: *Las Mil y una Noches*, y con un fuerte y largo abrazo se despidió. Debía mudarse a América del Sur porque a su padre le habían ofrecido la presidencia de Calderas Czech y la representación de la empresa en la industria de fundición de hierro requería su experticia. A sus 15 años, sin opciones de trabajo, sin haber terminado la escuela y sin alguna otra alternativa, se mudó a más de 9.000 km de ella.

Monserrat leía las historias mil y una veces, pensando en su regreso, esperando que un día fuera la voz de su amigo la que susurraría las historias de Sherezade a su oído antes de que, entre sollozos, quedara tendida sobre su cama. Pero eso nunca sucedió, pasaron las semanas, los meses e incluso un par de años hasta que, finalmente, ella perdió la esperanza. Lo único que le restaba era empezar a vivir lo que los adultos llaman realidad.

CAPÍTULO 2

Una de las mil y una noches en las que sostenía la postal, que extrañamente decía su nombre, intentaba entender cómo su amigo le pedía olvidar su historia personal. ¿Acaso pretendía que se olvidará de él?, ¿era solo una astuta forma de decirle que él la pensaba, que, así como había un lugar desde el cual se podía ver una capital entera, también había un lugar donde se concentraba todo el jardín del Edén: sus brillantes ojos verdes?

Él se lo confesó un día antes de marcharse, le susurró al oído que la amaba, ante lo cual, la única respuesta de Monserrat fue agachar la mirada. Pretendía guardar en secreto las lágrimas que se derramaban por su partida.

Ahora no entendía por qué después de tanto tiempo él había decidido volver a escribirle. Ella le echaba de menos todos los días, algunas veces un poco más que otras, pero esa postal debía significar algo. Se preguntaba si él aún tenía sentimientos por ella y si la pensaba tanto como ella a él. Era tiempo de averiguarlo.

A la mañana siguiente, a la luz del alba, Monserrat se presentó ante su tía, la Madre Superiora, quien la había recibido de niña en el convento por la promesa que en el lecho de muerte había hecho a su hermana. Los vestigios de la Segunda Guerra Mundial cobraron con hepatitis la vida del padre de la niña y, años después, el contagio de la falla hepática se transformó en un cáncer de hígado jamás diagnosticado en su hermana, responsabilizándola de la educación y el cuidado de la niña.

—¿A qué vienes hija? —Le preguntó la Madre Superiora antes de que ella pudiera pronunciar palabra.

—Madre —respondió—, quiero ir a Sur América.

Sobresaltada su tía alegó: —¿pero de qué estás hablando?, ¿acaso sabes dónde queda eso?, ¿pero si tú nunca has salido de aquí?, ¿en qué momento se te han metido ideas tan locas a la cabeza?, ¿qué vas a ir a hacer a América? Iba a continuar con su sermón, pero el llanto de la chica la detuvo.

Monserrat estaba ahogada en lágrimas y entre sollozos replicó: —Si es necesario entregar mi vida como misionera para tener tu apoyo y tu bendición, y así poder ir a América, lo haré.

Tras escuchar aquellas palabras que le mostraban a Monserrat como nunca antes la había conocido: fuerte, decidida, capaz de entregar su vida por un amor superior al propio; una joven por la que rogó poder ver, le bendijo diciendo:

—No es necesario hija, los sacrificios que hacemos al Señor son voluntarios, de lo contrario, no tendrían recompensa. Que Dios te acompañe y que te cuide el Altísimo porque yo no lo podré hacer más.

Metió su mano dentro de la túnica marrón y, después de abrir y cerrar algunos bolsillos es su interior, le alargó a su sobrina una pequeña bolsa de paño desgastado; hacia parte de los tesoros que su padre les había dejado a ella y a su madre. Esas pocas monedas de oro le serían de gran ayuda.

—Tu madre hubiese querido que las tuvieras contigo para ir al encuentro con tu destino.

Su corazón estaba conmovido, jamás le había dado un abrazo o una caricia a su sobrina. No la volvería a ver. Sabía que el momento había llegado, que ya estaba escrito que Monserrat debía

partir.

—*Con que éste era el sueño* —pensó mientras levantaba su mirada a la una en punto.

Meses atrás, mientras dormía en medio de un Ave María —podría decirse que era una visión más que un sueño—, ella vio cómo un ruiseñor daba brinquitos dentro de una jaula, lo detallo por varios minutos, hasta que tuvo piedad y finalmente abrió la compuertilla lateral. La avecilla echó a volar. Se sentía tranquila, estaba haciendo lo correcto al ayudarlo. Con una leve reverencia y los ojos aguados, dio media vuelta y se retiró.

CAPÍTULO 3

Ahora sí creo que quedé en otro continente —dijo Monserrat para sí misma en tono burlesco, después de viajar un par de días en el oxidado y lento tren que la llevaba a París. El chirrido del tren al frenar en cada pueblo y las piedrecitas que los niños lanzaban a las ventanas retumbaban en su cabeza día y noche. Empezaba a echar de menos su casa. Por primera vez reconoció que el convento donde había crecido y se había hecho mujer era su hogar, allí conciliaba el sueño gracias al monótono murmullo de los padrenuestros que rezaban las hermanas en los largos pasillos por los que corrió de niña, y las frías y descoloridas paredes que alguna vez rasguñó con la punta de su lápiz.

Una vez más el tren rechino sus frenos. Había llegado a la estación de París Norte.

Monserrat se dirigió a la casa de un piloto francés de quien su tía le había hablado. En su juventud él había perdido la voz debido a su adicción al cigarrillo, solamente una jovencita de tez pálida y hábitos oscuros logró entender su dolor en el campamento. Ella, sin pedir permiso, posó su mano sobre la garganta del joven y rezó por él. Tenía un don, y si el hoy en día seguía siendo piloto era gracias a esa oración. Esta era su oportunidad de saldar su deuda con la “monja milagrosa”, como el la llamaba. Ayudaría a embarcar a su sobrina en uno de los vuelos de París a Nueva York a como diera lugar.

Un poco más de diez horas de frío extremo en la bodega del avión la dejó con una hipotermia que estuvo a punto de arrebatarle la vida. En sus primeras horas lúcidas durante el vuelo, Monserrat recordó los interminables inviernos en Checoslovaquia en los que la nieve se entremecía en sus botas rotas, enfriando desde el dedo meñique todo su cuerpo. Podía sentir cómo su frente se congelaba. La sangre no le fluía como agua sino como pequeños cubos de hielo que estaban siendo empujados de mala gana a través de sus venas. Con las manos temblorosas intentaba hacerse masajes en las orejas, en la nariz y en las piernas; pero el hambre, el aburrimiento y el cansancio se apoderaron de su cuerpo. Quedó allí, dormida.

Un grupo de jóvenes maleteros la encontró inconsciente en la bodega del avión. De inmediato gesticularon un rápido plan. Tres de ellos se quedarían para descargar la aeronave y cubrir el puesto de los otros dos compañeros, mientras estos últimos, trasladaban a la chica moribunda hasta el Hospital Bellevue. Sabían que sí avisaban a sus superiores, las probabilidades de que ella sobreviviera a tiempo tras el engorroso papeleo serían nulas.

La joven de cabellos rubios y piel azulada fue ingresada al hospital gracias a que uno de los maleteros usó el seguro médico que le brindaba la compañía para que atendieran a su “esposa”, quien según él: “*cayó en un lago mientras paseaba con los niños*”. El sabía que en ningún hospital del país la atenderían sin seguro. Después de que el joven diligenciara unos tres formularios, la ingresaron en una camilla.

La enfermera que la había recibido casi inconsciente y tiritando de frío, al verla intentar levantarse de la camilla le preguntó:

—¿Adónde vas?

Sin aliento respondió: —debo llegar a Colombia.

La enfermera replicó: —jovencita, nunca vas a llegar así y menos en estas condiciones.

Monserrat no osó rehusarse, la autoritaria voz de la enfermera y las pocas fuerzas con las que

se logró reclinarsse sobre la camilla la obligaron a recostarse de nuevo.

—¿A qué vas a Colombia? —le preguntó la anciana de la camilla del lado—. No pudo evadir la presencia de la chica por la cual el equipo médico había hecho todo un alboroto durante la madrugada del día anterior.

—Voy a encontrarme con alguien. — Refunfuñó Monserrat en voz baja y entre los dientes, esperando que la anciana tuviera mala audición para no alargar la conversación. Prefería no darle explicaciones a una desconocida que llevaba sabe Dios cuántas horas observándola.

—¡Ah!, así que vas a encontrarte con tu amado —le respondió en voz alta.

Ahora todas las enfermeras del piso se habían enterado que tenía un enamorado.

—No es mi amado —empuña la sabana contra el colchón—, es un amigo.

—Jovencita —le dice la anciana con un tono tranquilo, intentado hacer las paces—, tu tesoro no son las monedas del paño que están sobre esa mesita de allá —le señala el escritorio de la enfermera jefe, que se encuentra cerca a la puerta, —tu tesoro es ese fuerte corazón en tu pecho que luchó para seguir viviendo y que ningún hombre, escúchalo bien, ningún hombre lo vale. Tienes que vivir es por ti.

Monserrat se recostó de medio lado dándole la espalda. No estaba de humor para escuchar consejos no solicitados.

—Doctora —le dice en voz sumisa a la enfermera que antes no le había permitido levantarse—. Doctora, doctora —repite, intentando llamar su atención. —¿Me podrían devolver la pequeña bolsa de paño azul que tuvieron que quitar de mi sostén cuando llegué?

—Claro, cuando venga su esposo a recogerla se la entregaremos. Ya lo llamamos. Hoy le daremos de alta. —Ninguna mujer sale de casa a “pasear” a los niños con una fortuna debajo del brazo si no fuera porque va a dejar abandonado a su marido por irse disque a Colombia. Solo hasta que llegue el abnegado hombre del hogar por su mujer le entregaría las monedas. *Eso pasa cuando se casan tan jóvenes.* —Pensaba la enfermera por la insolencia de la jovencita.

¿Esposo? ¿A qué horas me casé que no me di por enterada? —Meditó en silencio por varios minutos. Un borroso recuerdo le llega a la memoria. Se encuentra sentada junto a un hombre en la parte de atrás de un coche. Había otros dos hombres en las sillas de adelante. Ella estaba arropada con la chaqueta de alguno de ellos.

Todas sus opciones apuntaban a que debía esperar la llegada del susodicho esposo para que ella pudiera recuperar sus monedas. *¿Y si le digo que no tengo esposo?, ¿de dónde habrá sacado ella que es mi esposo?, ¿y si él nunca se presenta?, ¿ya llamaron a quién?, ¿qué habrá dicho?*

—Hablando del rey de Roma. —Dice la enfermera interrumpiendo su conversación mental.

—Mi amor, ¿te sientes bien? —Le dice un hombre menudo, alto y de agradable sonrisa, mientras se acerca a su camilla.

—Sí, por favor llévame a casa, —contesta Monserrat en medio de una sonrisa nerviosa. Sabía que estaba siendo observada por medio piso, incluyendo a la anciana de los consejos, quien no le quita la mirada de encima.

¡Ay pobre muchacho! Si supiera que su esposa pensaba en irse a otro país en busca de otro hombre. De seguro estará pagando alguna canallada que le hizo a otra mujer. —Se consolaba la anciana mientras observaba la escena.

Después de atravesar la puerta giratoria del hospital Monserrat le pregunta al joven: —¿Te lo devolvieron?

Él saca del bolsillo de su pantalón el paño azul con las monedas. —Sí. Supongo que es tuyo.

Monserrat alarga la mano para coger el paño, mientras él hace el ademán de volverlas a guardar.

—¿Cómo se dice?

—Gracias. —Le contesta Monserrat en tono seco mientras agarra la bolsa. La guarda de nuevo entre su pecho, se da media vuelta y echa a andar.

—¡Espera! —le grita él, dando largos pasos para alcanzarla.

Llega a su lado y la coge del brazo. —Que esperes —le repite.

Monserrat hala su brazo con fuerza hacia abajo para soltarse del joven. Él siente el movimiento brusco de la chica y sube ambas manos a la altura del rostro en señal de sumisión.

—Ok, ok, solo quiero saber a dónde vas.

—Al aeropuerto, voy para Colombia, —le contestó Monserrat mientras continuaba caminando.

—Pues yo trabajo en el aeropuerto, si quieres te llevo, —le dijo el chico mientras intentaba igualarle el paso.

Ambos continuaron caminando en silencio como por tres calles. Monserrat aclaró su garganta: —Bueno, ¿hacia dónde es que queda el aeropuerto?

—Tenemos que coger la línea roja del metro, pero antes, si pretendes comprar el billete de avión y no volver a arriesgarte a morir de hipotermia en un maletero, tenemos que vender un par de tus monedas en el barrio italiano.

—Claro. —asintió.

El joven debía irse a trabajar. Sorbió rápidamente el café que le quedaba en la tasa y se levantó de la silla. Monserrat lo tomó de la mano y con una tímida sonrisa le dijo:

—Gracias, de verdad muchas gracias.

Él le sonrío de vuelta y le contesta: —Por mi esposa lo que sea. —Ambos sueltan una pequeña carcajada.

—Si algún día necesitas algo en Nueva York, aquí estaré. —Le dijo el maletero mientras anotaba su teléfono en la servilleta que dejó sobre la mesa.

Ya no sabía si estaba sentada en las sillas de la sala de espera del aeropuerto o en las del avión, eran igual de incómodas. Su mirada perdida en la ventanilla empezó a vislumbrar en el horizonte altísimas montañas, que según recordaba de su clase favorita, podrían ser de la Cordillera de los Andes.

Las manos le empezaron a sudar, involuntariamente empezó a frotárselas contra las piernas. Sentía un vacío en el estómago que subía por su garganta. Las montañas y las casas parecían estar cada vez más cerca.

¡Había pasado por tantas cosas en las últimas semanas! Sabía que la anciana de Nueva York no tenía del todo la razón. Si ella había llegado hasta allí, no era por la fortaleza de su corazón, por sí misma no era así de fuerte, tenía que haber algo más. Seguro era el alma del mundo o del Señor, como le llamaba su tía, que ayudaba a las personas que firmemente decidían ir en busca de su sueño, y aunque en los últimos años nunca hubiese rezado un Padre Nuestro o mirado al cielo para agradecer por todas las bondades, siempre había alguien que estaba con ella, acompañándola, incluso en los momentos más difíciles. Quería pensar que era el alma de su madre muerta, pero ¿a quién engañaba? Los muertos no se pasean por la tierra, de lo contrario no serían muertos. Además, prefería creer que su madre estaba en ese cielo tan bonito que estaba ante sus ojos. Estar observando todo el tiempo la monótona vida de su hija, no le parecía ningún descanso eterno.

CAPÍTULO 4

Bastó menos de medio día para que encontrara la manera de llegar a la cima de Monserrat. Algunas personas en el aeropuerto se le acercaron para ofrecerle un cuarto de hotel, pero no esperaba ni un día más. La única forma en la que realmente descansaría, sería cuando llegara a aquella montaña.

Tímidamente se acercó a un hombre trigueño, gordo y con un espeso bigote negro.

—*Se parece tanto al señor que entrega las botellas de leche en el convento,* —pensaba, mientras inclinaba su cabeza de lado para detallarle.

Su presencia le brindaba confianza. Además, en la gorra de su uniforme se leía “Policía” y de todos ellos era el único que sonreía.

Camino de frente hacia él y con la postal en su mano le dijo: —¿Monserrat? —señalando con el pulgar la iglesia de la postal. No tenía nada más que decir, no sabía ni una sola palabra en español. No existía nada más que le ayudara a llegar a su amigo.

Unas pocas lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Una vez más la postal se mojaba con las palabras que no tenían sonido, con los gritos sordos que ella elegía convertir en agua con la esperanza de que fueran tragados por la tierra.

Él permanecía sereno. No había necesidad de decir más nada. Cualquier persona en la ciudad reconocería el nombre de aquella iglesia. Además, las lágrimas de una hermosa mujer conmueven cualquier corazón, incluso si este es de piedra.

Sin pensarlo dos veces la condujo en su coche hasta allí, la tierna sonrisa de la chica y el sorpresivo abrazo que le dio al bajarse del coche habían pagado su ayuda.

Al contemplar la ciudad desde la cima de esa montaña, notaba que era diferente de lo que ella estaba acostumbrada a ver. No era solamente otro continente en donde estaba de pie, era otro mundo, otra gente, otro idioma, otro clima e incluso otro aroma.

Se quedó observando la ciudad por horas. Allí entendió que su nombre no fue ningún castigo, que desde su nacimiento estaba marcada para llegar allí, que Monserrat era tan grande y preciosa como lo que pocas veces reconocía que había en su interior.

En la cima veía a tantas personas, en su mayoría de ojos oscuros, que encontrar los de él, en principio, se tornaba en una tarea fácil. Empezó a buscar entre los rostros de la gente a quien tanto anhelaba ver, por quien había viajado desde tan lejos para volver a abrazarle, por quien había vuelto a soñar.

En algo más de una hora había fotografiado en su memoria a todas las personas que estaban en la cima, y no, él no estaba allí.

—*¿Cómo voy a hacer para encontrarlo entre los miles y miles de personas que hay abajo en la ciudad?* —Se preguntó.

El sol estaba agotado, así como ella. Su esperanza y su ánimo empezaron a descender para ocultarse en el horizonte.

Intentaba no llorar, reprimía sus lágrimas con fuerza. Ese lugar era un mirador precioso, pero no se parecía a la descripción que su amigo escribió en la postal.

—*Ni si quiera hay flores.* —Resopló indignada.

Quería salir corriendo a su pequeña habitación en el convento y encerrarse a llorar.

—*Pero salir corriendo ¿a dónde?*

Entró a la iglesia intentando encontrar consuelo. Por primera vez en su vida visitó un templo con la intención de pedir ayuda divina y no la de su tía como tenía por costumbre.

No distaba mucho de las iglesias de Praga. Bancos de madera, algunas imágenes, una virgen negra, —*eso sí que era nuevo*— y largas columnas que te incitaban a perseguirlas hasta el final. Solo cuando tenías el cuello completamente extendido hacia atrás, podías ver lo que fuese que estuviese pintado en el techo. Así era como los arquitectos de las iglesias nos hacían sentir pequeños frente a un Dios que estaba a lo lejos, allí en lo alto, juzgándonos desde arriba.

Continuó caminando hacia la parte posterior del altar. De frente encontró una pequeña capilla semicircular protegida por grandes ventanales que permitían observar afuera un jardín espeso lleno de orquídeas. Estaba en lo que alguna vez tuvo que ser un invernadero de cristal, solo que su propósito era contrario, en lugar de cubrir las plantas, resguardaba un brillante sagrario de oro.

A pocos pasos de la puerta de la sacristía se detuvo. Alguien había tocado su hombro por detrás. Respiró hondo antes de darse la vuelta.

Era él. Sí, era él.

Le agarró de los hombros, quería sacudirlo, no lo podía creer. Quedó inmóvil algunos segundos mientras miraba sus grandes ojos humedecidos, luego él le abrazó. Sus risas y su llanto se aunaban haciendo un eco resonante en todo el lugar. No existía nada ni nadie a su alrededor, todo perdía y cobraba sentido al mismo tiempo. Lo había amado desde siempre, pero lo entendía solo hasta ahora. Lo amaba y estaba entre sus brazos. Le apretaba con más fuerza.

—*El amor no es ciego* —pensó—. Ella ya lo había visto. —*A veces debemos carecer de ciertos sentidos para poder amar.*

Quería apartar su vista de la larga túnica café sobre la cual rodaban sus lágrimas. Sus mangas largas la tenían rodeada. Giró su cabeza de lado manteniéndola recostada en su pecho. Se negaba a continuar viendo el hábito oscuro y de largos pliegues que él vestía. Posó su mirada en los ventanales mientras lentamente sus ojos se perdían con el ocaso.

—*El amor no es un pecado.* —Se repitió para sí misma en medio de un suspiro.

—*El amor no es un pecado y yo ya lo elegí a él.* —Volvió a suspirar.

Y sí, él tenía la razón. Entre sus brazos podía contemplar dónde las estrellas del cielo empezaban a mezclarse con las flores del campo.